

Los novios en Costa Rica

Federico Proaño 1888

El caballero don Ernesto Indianokowski, célebre y educadísimo polaco, hombre de estado, viajero ilustre y cortesano de diversas cortes, publicó en La Matraca, periódico rojo de Buenos Aires, unas Memorias entre las cuales consagraba varios capítulos a San José de Costa Rica, tierra privilegiada del café y de exquisitas frutas, y sobre todo, de bellas, gallardas e inteligentes mujeres. Ocupase aquel documento histórico, de la sociedad, de la flora y de la fauna, mencionando en esta parte diversas clases de animales políticos, sabandijas de la prensa, de moluscos del Presupuesto y de godos. Tiene curiosos datos y repite anecdotas diversas. Pinta a las ninfas josefinas con sus hechizos seductores, y a muchos lechuguinos con su locuacidad, y su prurito de contar todo lo que se puede contar y también lo que no se puede, como si todos fueran mozos politiqueros del día, o miembros de alguna junta revolucionaria de las tropicales regiones.

De la parte más interesante de la Memoria de Mr. Indianokowski he tomado varios capítulos, algunos de ellos de salón, castellanizándolos en cuanto es posible, pero sujetándome siempre al original en sus partes de diálogo. Empezó así mi hombre:

Las niñas de San José son generalmente bonitas. Poseen una educación cumplida, y se ponen sus trajes con mucha gracia, mucho gusto y bastante elegancia. Conversan con dulzura y son expresivas sin ser exageradas. Tienen mucha facilidad para la conversación, excepto cuando son novias, y su dicción es siempre encantadora.

La generalidad de las señoritas poseen un cabello blondo, espeso, más o menos largo y sedoso. Predominan los ojos oscuros, y es característico en ellas una mirada espiritual y altiva que, sin tiranizar, impresiona, flecha y cautiva, presentando el compendio de goces infinitos. Las muchachas parecen ninfas, y cuanto más esquivas suelen mostrarse al público, más impresión causa tropezar de repente con su hermosa o con su mirada chispeante de inteligencia, a la vez que casta y de sensibilidad exquisita.

Creo que si los negocios de estado estuvieran allí manejados por las mujeres, serían dirigidos con más solidez, más tino, más acierto, más prudencia. Asimismo, si las mujeres manejaran los negocios políticos con derecho de ciudadanía, la posición sería más sensata, más útil, y habría podido haber una revolución social menos teórica y más práctica.

Los jóvenes son bastante cortesanos, pero más comúnmente en la corte de cada uno de ellos y donde cortejan según su inclinación. Son muy finos en su trato, visten sin gran apego a las exageraciones de la moda, y viven en mucho entregados al trabajo, excepto mis vecinos.

Las sabandijas de la prensa son variadas y casi todas chupan de la teta común del Estado, zahumando, con más o menos bombito, a los señores ordeñadores.

Esta clase de seres merecen un estudio en capítulo aparte.

Muchos de ellos son amigos de contarse las cosas en reserva unos a otros, de modo que los secretos suelen estar bien reservados en poder del público.

Estuve en un baile de salón, dado para celebrar un cumpleaños. Confieso que el panorama era bonito. El salón estaba adornado con esplendidez. No tenía que envidiar en su género a los mejores de Polonia.

Las señoritas en traje de baile parecían ángeles. La combinación de sus vestidos era variada, con mucho gusto y del mejor buen tono. No se pintan el rostro las costarricenses como las europeas: usan el ligero y perfumado polvo de arroz. Generalmente no emplean la mentira del colorete, ni se disfrazan como las cortesanas parisienses. Embellecen un salón y fascinan con la gracia de su presencia y con los rayos hermosos de su mirada dulcísima.

¡Oh! son muy simpáticas las josefinas. Son muy espirituales. Tienen chic verdaderamente particular.

Los jóvenes vestían bastante bien, y observé a muchísimos que en el baile revoloteaban sin hacer otra cosa que "comer pavo". (1) La juventud podía dividirse allí en dos grupos: la de los comprometidos y la de los pluses o pleonasmos.

Los comprometidos son los jóvenes que están de novios, y que tienen monopolizada a la prenda de sus desvelos. Los demás son pleonasmos respecto de éstos y de aquéllos, que suelen verse en ocasiones obligados a estirar las piernas por medio de la caza de palomas, invención curiosa y sui generis de la clase de rezagados para no sucumbir como Tántalo, con el agua a los labios y sin poder beber.

Yo estaba muy entusiasmado y pensaba pasar una noche deliciosa: bailar con todas las señoritas más bonitas; gozar con su trato y admirar más de cerca su espiritualidad.

Había encontrado de conspirar o de no dejar de ser un lo en el salón. entísimo y me o a buscar pa- o aquella pala- o por la prime- vidó fatalmente necesitarla.

altamente a la Era un jovenci- n angosto, alto, de poco bigo- on una verdade-

dije tocándole i pide un idió la palabra, a todas partes, preguntó él; darme de otra el nombre aquel e y contesté:

onrió de ver mi ña, por sacarme ro, me pregun-

o, señor? ¿De-

ro aquellas delicias le dan a uno entendimiento para hablar y hacerse comprender. Apenas conocí a dos o tres familias y a algunos jóvenes; mas ello me bastaba, porque todas las señoritas son muy amables y buenas.

Al empezar la primera cuadrilla, me dirigí a una niña y con todo el cumplimiento posible, le dije en mal español: Mi pedir un cuadrillo por bailar mi.— Caballero, me respondió ella, sonriendo dulcemente y mirando a un joven que tenía a su lado, siento mucho no poder acompañarle: estoy comprometida.

No me desanimé por eso y fui a buscar otra compañera al otro extremo.

Me sucedió lo mismo. Me acordé de que en las grandes sociedades, siempre se compromete el primer baile con amigos predilectos, y me resolví a esperar.

Pero se sucedieron los bailes uno a uno; y en todos me ocurrió igual cosa. Observaba que las parejas susodichas eran siempre las mismas.

Empezó por ponerse aquello muy irregular y ya me dio bo-

llamé a uno de mis conocidos y le dije:

—Mi non poder bailar yet. Mi no estar bien presentado por estas señoritas todas disculpando por la compromisa. Todas señoritas hacer mi desaire.

—No señor, me respondió mi amigo. Los extranjeros son bien atendidos y no habiendo un inconveniente, bailarán con Ud. las señoritas que Ud. desea.

—Mas yo pida Ud. presentación mi. El amigo me hizo el favor de presentarme a las niñas que tanto me habían gustado. En seguida corrí a ver si podía bailar un vals.

Si no hallaba compañera estaba dispuesto a bailar con una silla, pues el vals me gustaba mucho.

IV

Pero mi nueva tentativa fue vana. Recorrí todo el salón y las dos niñas que se me habían negado antes, salían otra vez con el endemoniado compañero de marras. El diálogo era muy corto.

—Hacerme la favor de bailar un vals por mi.

—Estoy bailando caballero: siento mucho.

yo me retraba como una desdicha zapateando solo, pues de veras deseaba bailar con aquellas niñas.

Descorazonado ya, dije a mi última invitada:

—Mucho comprometidas las señoritas. Mi non bailar nada.

—Le queda a Ud. el recurso de pedir "palomas", me respondió mi interlocutora con toda amabilidad.

Quedéme yo perplejo. Saqué apresuradamente mi vocabulario de mi bolsillo y vi lo que era "paloma". Tomé el dicho por una burla, por una despedida desagradable para mí. La señorita me decía sin duda que me fuera a mi hotel a desquitarme comiéndome una paloma.

Reflexioné un rato y luego, todo corrido y dando vueltas a mi imaginación le dije: "gracias" y me retiré a consultar el asunto.

V

—¿Qué decir esto paloma? le pregunté a un amigo mío.

—Hombre, me respondió él con mucho aplomo: es un pájaro, es una ave que se come y es muy agradable, sobre todo si es tierna.

Pasa a la Pág. 29—C

Los novios en Costa Rica

Viene de la Pág. 28—C

—Una señorita no permita bailar por mi; por la promesa y decir mi buscar un paloma.

—Mi amigo soltó una carcajada.

Yo me amostacé. El se reía de mi percance, y no era posible tolerarlo. Iba yo a exigirle una satisfacción, cuando él me dijo:

—En nuestros bailes se llama también paloma, el acto de permitir a un joven que su compañera baile un momento con otro.

—Entonces mi querer todas las palomas.

—Cuando una pareja va bailando, Ud. la detiene y pide cariñosamente una paloma: entonces el joven le cede la compañera: baila Ud. un momento con ella y luego le devuelve la paloma.

Aquella invención me pareció una maravilla. Había encontrado yo el medio de conspirar contra el monopolio de los novios y de poder dejar de ser un pleonasma ridículo en el salón.

Me puse contentísimo y me lancé desesperado a buscar palomas. Pero como aquella palabra la había oído por la primera vez, se me olvidó fatalmente al momento de necesitarla.

VI

Acometí resueltamente a la primera pareja. Era un jovencito de pantalón angosto, alto, triqueño, donoso, de poco bigote, que bailaba con una verdadera divinidad.

—“Señor”, le dije tocándole en el hombro, “Mi pide un . . .”

Aquí se me olvidó la palabra, y empecé a mirar a todas partes.

—¿Un qué me preguntó él?

No pude acordarme de otra cosa que de que el nombre aquel era el de un ave y contesté:

—Un pájaro . . .

El joven se sonrió de ver mi turbación, y la niña, por sacarme sin duda del apuro, me preguntó:

—¿Qué pájaro, señor? ¿Desearía Ud. cenar?

—No señorita, mi querer un . . .

—Un pavo?, dijo la niña.

—“No pavo”, señorita.

—¿Un pato?, ¿una gallina?

—No gallina, señorita.

Saqué apresuradamente mi libro de memorias, tenía en la pasta una figura de Mahoma con una paloma sobre el hombro.

—“¿Cómo llamar este” dije al joven atolondradamente mostrándole la paloma.

La niña, creyendo que mi cuadro era bíblico, se adelantó a decirme:

—Este es el Espíritu Santo.

—¡Ah! exclamé yo alborazado.

—Mi pedir a Ud. un espíritu santo por bailar.

La pareja se echó a reír sin miramiento alguno y habría ocurrido alguna novedad, si no se hubiera presentado en el mismo momento un amigo que resolvió la dificultad.

Explicó que yo pedía una paloma y me fue concedida en el acto.

¡Oh! que alegría. Bailé como un loco. Y desde entonces me eché a la caza de palomas.

Nunca me olvidaré de los percances y del monopolio de los novios de San José. Es una cosa tan curiosa como original de aquella tierra de bendición.